

# «EL CRISTO DE VELÁZQUEZ», DE MIGUEL DE UNAMUNO

EDUARDO MALVIDO MIGUEL  
La Salle



*Diego Velázquez (1599-1660)  
pintó este Cristo crucificado  
hacia 1632.  
El lienzo pintado al óleo mide  
250 x 170 cms. y se encuentra  
en el Museo Nacional del Prado.*

RESUMEN: El tema más acuciante de Miguel de Unamuno es la supervivencia tras la muerte. Para él, Dios es el que es Inmortal y quien puede inmortalizar al hombre. Según don Miguel, los cristianos declararon Dios al Hombre Jesús en Nicea con el fin de asegurar la vida perpetua a la humanidad. Esta solución desde la fe cristiana a la principal cuestión humana es tratada por Unamuno en su magna obra filosófica *Del sentimiento trágico de la vida*. El Unamuno racionalista adopta una postura agnóstica ante el enigma de la muerte. En su poema «El Cristo de Velázquez», en cambio, es el Unamuno de la voluntad inmortalista, el de la «cardíaca», el que intenta acceder a la inmortalidad perpetua. En el Cristo del pintor sevillano descubre Unamuno dos rasgos que superan las ansias de inmortalidad del propio Unamuno: el rostro del Nazareno («el Hombre muerto que no muere») y su cuerpo blanco («solo tu luz lunar... cuenta que vive el Sol»).

PALABRAS CLAVE: Dios; Cristo; inmortalidad; razón; fe; voluntad; interpretación pictórica.

### «El Cristo de Velázquez», by Miguel de Unamuno

ABSTRACT: The most pressing issue for Miguel de Unamuno is survival after death. For him, God is the one who is immortal and who can immortalize man. According to Unamuno, Christians declared the Man Jesus God in Nicaea in order to ensure perpetual life for humanity. This solution from the Christian faith to the main human question is treated by Unamuno in his great philosophical work "On the Tragic Sense of Life". The rationalist Unamuno adopts an agnostic position in the face of the enigma of death. In his poem «El Cristo de Velázquez», on the other hand, it is the Unamuno of the immortalist will, that of the «heart», who tries to access perpetual immortality. In the Christ of the Sevillian painter Unamuno discovers two features that surpass Unamuno's own desire for immortality: the face of the Nazarene ("the dead Man who does not die") and his white body ("only your moonlight... tells that the Sun lives").

KEY WORDS: God; Christ; Reason; Faith; Will; Pictorial Interpretation.

Sabía que Miguel de Unamuno había escrito un largo poema (2.538 versos endecasílabos de rima libre) «interpretando» el magnífico cuadro del *Cristo crucificado* de Velázquez. Después de haber terminado mi trabajo sobre el cuadro *Cristo crucificado* de Velázquez, me entró la curiosidad de investigar el grandioso poema de Unamuno acerca del mismo cuadro de Velázquez.

La obra capital del pensamiento de Miguel de Unamuno es su libro *Del sentimiento trágico de la vida*. Lo fue escribiendo a lo largo del año 1912 al ritmo de una revista mensual. En este libro queda clara cuál era para Unamuno la cuestión principal de la existencia humana: que la persona de cada uno sobreviviera a la muerte. Llegar a ser inmortal es, según don Miguel de Unamuno, la finalidad primera y última de todas las religiones.

Lo que distingue de verdad a Dios de los hombres es que Dios es inmortal e inmortalizador, mientras que el ser humano es mortal, y solo puede ser inmortalizado por Dios.

Para el Rector de Salamanca, la Cristología del concilio de Nicea (325) declara que Jesucristo es Dios no porque posea, además de naturaleza humana, una naturaleza divina, sino para que nos haga inmortales a los que somos mortales. Aunque Atanasio no fue uno de los Padres conciliares, Unamuno lo erigió en el principal representante del concilio de Nicea porque el nombre de «Athánatos» («el Inmortal») respondía a la finalidad que, según Unamuno, perseguía el concilio de Nicea al proclamar Dios a Jesucristo.

Digamos, finalmente, que el Unamuno que escribió su magna síntesis de pensamiento es el Unamuno racionalista, el de la filosofía imperante en su tiempo, no el Unamuno sentimental, el que suena trágicamente en el título del libro (*Del sentimiento trágico de la vida*), ni tampoco el Unamuno de la «cardíaca», el de la voluntad de sobrevivir a la muerte, el que afirma: «No quiero morir, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre».

Antes de entrar a valorar el texto del poema unamuniano al *Cristo de Velázquez*, debemos tener en cuenta ciertos datos que son mucho más que detalles interesantes:

El primer dato es el tiempo que dedicó Unamuno a redactar el libro y el tiempo invertido en la elaboración del poema. En cuanto al libro *Del sentimiento*

*trágico de la vida*, sus doce capítulos, fueron apareciendo uno por mes a lo largo de 1912 en la revista «España Moderna». Es cierto que algunos párrafos del libro habían ido saliendo a la luz en ensayos, cartas, poesías... anteriores a 1912, pero son evidentes los efectos de la improvisación: cambios en el título del libro («Tratado del amor de Dios»), alteración en el orden de publicación de los capítulos distinto del anunciado en sus cartas, numerosas citas sin indicar sus fuentes...

Por el contrario, el poema fue de más larga duración: siete años, desde 1913 a 1920, y don Miguel se entregó a revisarlo, a corregirlo, y a retocarlos constantemente. En mayo de 1914 le escribía a Federico Onís: "Lo que más hago, fuera de mis obligados artículos, es repasar, redondear y revisar mi "Cristo de Velázquez". Y al mes siguiente se lo repite: "Sigo repasando, puliendo y repuliendo mi "Cristo de Velázquez", que quiero resulte lo más perfecto posible".

Las cuatro partes de la estructura del poema unamuniano, que indicaremos más adelante, son las previstas. Y cada poesía lleva en el margen izquierdo abundantes y precisas referencias a pasajes del *A* y del *NT* que guardan relación con los versos que cuelgan a la derecha de las abreviaturas de los libros sagrados.

El segundo dato tiene que ver con la manera diferente de expresarse de Unamuno en el libro *Del sentimiento trágico de la vida* y en el poema *El Cristo de Velázquez*.

Ya dije que quien escribe el libro es el Unamuno racionalista. Aunque el tema que trata desborda el campo de la razón –conocer nada menos que el destino último de la humanidad y más en concreto saber si mi yo personal sobrevivirá a mi muerte–, Unamuno aplica escrupulosamente la clave espacio-temporal de la comprensión lógica a los argumentos que las religiones, las filosofías y las teologías aducen en defensa de la existencia de Dios, o, en lo equivalente para don Miguel, la existencia de la inmortalidad humana. El resultado final de su libro *Del sentimiento trágico de la vida* es que no hay certeza absoluta ni para afirmar ni para negar la inmortalidad humana<sup>1</sup>. Otro tanto sucede con la existencia de Dios.

El Autor del poema *El Cristo de Velázquez* es, en cambio, el Unamuno voluntarista de la inmortalidad. Hablando de las poesías de Unamuno en general, los Unamunos que más transpiran por ellas son el Unamuno sentimental, y el Unamuno de la cardíaca, el de la voluntad inmortalista o el de la inmortalidad voluntarista. Pero es este último el que más se hace presente en el grandioso poema de don Miguel de Unamuno.

El prolífico escritor vasco tardó en expresarse en el lenguaje específico de la poesía. Cuando se publicó su primer libro *Poesías*, en 1907, su Autor cumplía

---

<sup>1</sup> *Obras completas de Unamuno*, Editorial Escelicer, Madrid, 1967, t. VII: *Del sentimiento trágico de la vida*, capítulo VI, pág. 179: «La certeza absoluta, completa, de que la muerte es un completo e irrevocable anonadamiento de la conciencia personal..., o la certeza absoluta, completa, de que nuestra conciencia personal se prolonga más allá de la muerte..., ambas certezas nos harían igualmente imposible la vida».

43 años. La explicación de la tardanza podría estar en que Unamuno prefería comunicar su alma íntima, que se debatía con su voluntad de inmortalidad y su sentimiento pesimista en lucha feroz contra su razonamiento agnóstico, en un lenguaje de expresiones de asombro y de sufrimientos, propio de la poesía, que hacerlo en el lenguaje del discurso monocorde del pensamiento. Sí, Miguel de Unamuno quería reservar el secreto de su interioridad perturbada y perturbadora al son misterioso de la poesía. Así lo declara Unamuno en los dos versos primeros de su «¡Id con Dios!»:

«Aquí os entrego, a contratiempo acaso,  
flores de otoño, cantos de secreto».

A pesar de haberse estrenado tarde como autor de poesías, Unamuno se sentía vocacionado para ser poeta. En 1913, metido ya «de hoz y coz» en *El Cristo de Velázquez*, Unamuno le revela a su amigo Jiménez Ilundain: «En Suramérica se respeta mi nombre; pero a los literatos les desconcierto un poco. Y sobre todo me regatean lo que yo más tomo a pechos: lo de poeta». El apelativo que más halagaba a Miguel de Unamuno era el de poeta. Así se lo confesaba a Clarín: «Al morir quisiera, yo que tengo alguna ambición, que dijese de mí: ¡fue todo un poeta!».

Pienso que hay que entrar a leer *El Cristo de Velázquez* sabiendo que nos vamos a encontrar en su texto sobre todo con el Unamuno poeta, y más exactamente con el Unamuno poeta de la voluntad inmortalista. Diremos en su momento qué factores descubrió Miguel de Unamuno en el *Cristo crucificado* pintado por Diego Velázquez que impulsaron a nuestro admirable Unamuno a expresarse al ritmo de un corazón preñado de esperanza recia en la inmortalidad.

La presencia del pensamiento racional de Unamuno en el poema *El Cristo de Velázquez* se advierte en la estructura. Consta de 4 partes, que no llevan, sin embargo, ningún epígrafe aclaratorio. Podríamos decir que la 1ª parte, con 1.064 versos, trata del Cristo pintado por Velázquez (Cristo resucitado «visible... en este verbo silencioso y blanco que habla con líneas y colores»: I-IV capítulos o poesías) y de las imágenes que el Cristo del cuadro suscita en el poeta Unamuno (V-XXXIX capítulos o poesías). La 2ª parte, que consta de 448 versos, recoge la contemplación poética de Unamuno ante el Cristo muerto en la cruz (XIV capítulos o poesías). La 3ª parte, de 743 versos, es un recorrido poético en vertical desde el rótulo sobre la cruz hasta la base del leño «podado de su fronda» (XXVII capítulos o poesías). La 4ª parte, la más breve con sus 283 versos, es un eco pero más esperanzado de la 1ª parte (consta de VII capítulos o poesías, y de una «Oración Final», que recoge muchas de las imágenes creadas por Unamuno en la 1ª parte). Así como la 1ª y la 4ª partes tienen que ver con el Cristo pintado por Velázquez, la 2ª y la 3ª partes podría haberlas hecho Unamuno a la luz de cualquier otra figura de Jesús crucificado.

Y ¿cuáles son esos elementos o factores que Unamuno encontró en el Cristo crucificado del pintor Velázquez que le llenaron el alma de esperanza inmortalizadora? Digamos que estos dos: 1) Velázquez nos muestra en su Cristo al

Hombre que muere lleno de esperanza de vida, y 2) Velázquez deja expuesto en la cruz el cuerpo blanco de Cristo que contrasta vivamente para Unamuno con la oscuridad compacta del fondo del cuadro. Estos dos rasgos son los que Unamuno destaca y repite hasta la saciedad en la 1ª y en la 4ª partes de su poema *El Cristo de Velázquez*.

El Hombre que muere lleno de esperanza de vida:

«Eres el Hombre eterno que nos hace hombres nuevos» (1ª parte I); «inmortalizador cuerpo del Hombre,/ carne que se hace idea ante los ojos,/ cuerpo de Dios, el Evangelio eterno»; «la Humanidad eterna ante los ojos/ nos presenta»; «este es el Dios a cuyo cuerpo prenden/ nuestros ojos, las manos del espíritu» (1ª parte III); «el Hombre muerto que no muere» (1ª parte IV); «y quieto, con quietud de muerte/ que es vida eterna» (1ª parte VIII); «Hijo el Hombre es de Dios, y Dios del Hombre/ hijo; ¡Tú, Cristo con tu muerte has dado/ finalidad humana al Universo/ y fuiste muerte de la Muerte al fin!» (4ª parte I); «que es de final resurrección la cuna/ tu leño, antaño de la Muerte féretro» (4ª parte III); «Eres Tú la Verdad que con su muerte,/ resurrección al fin, nos vivifica» (4ª parte V); «Te pedimos, Señor, que nuestras vidas/ tejas de Dios en la celeste túnica,/ sobre el telar de vida eterna»; «Tú eres resurrección y luego vida: ¡llámame a Ti, tu amigo, como a Lázaro!» (4ª parte «Oración final»).

El cuerpo blanco del Cristo contrasta con el fondo negro del cuadro:

«Blanco tu cuerpo está como el espejo/ del padre de la luz, del sol vivífico»; «blanco tu cuerpo al modo de la luna/ que muerta ronda en torno de su madre/ nuestra cansada vagabunda tierra»; «blanco tu cuerpo está como la hostia/ del cielo de la noche soberana»; «Blanca luna/ como el cuerpo del Hombre en cruz, espejo/ del sol de vida, del que nunca muere» (1ª parte IV); «Luna desnuda en la estrellada noche/ desnuda del espíritu, conviértense/ a ti nuestras miradas, ¡oh lucero/ del valle de amarguras!»; «Eres el Hombre/ y en tu divina desnudez nos llega/ del sol ennegador la eterna lumbre» (1ª parte V); «Te dio a luz como Luz de nuestra noche,/ que es todo un hombre el Dios de nuestra noche/ y hombría es su humanidad divina» (1ª parte VI); «De noche la redonda luna dícenos/ de cómo alienta el sol bajo la tierra;/ y así tu luz; pues eres testimonio/ Tú el único de Dios»; «solo tu luz lunar en nuestra noche/ cuenta que vive el sol»; «Tú le sacas/ a la noche cerrada el entresijo/ de la Divinidad, su blanca sangre,/ luz derretida»; «Tu pecho muéstranos/ la blanca eternidad que nos espera/ y en su fúlgido espejo el alma ansiosa/ ve sus raíces de antes de la vida»; «Es como el alba/ tu cuerpo; como el alba al despojarse/ del negro manto de la noche, en rollo/ a sus pies desprendido»; «con tus abiertos brazos la negrura/ del abismo de Dios, tu Padre, rasgas/ y echándolo hacia atrás, de tu cruz cuelgas/ el negro manto en que embozado estabas/ dándotenos desnudo»; «con tus dos brazos/ desabrochando el manto del misterio/ nos revelaste la divina esencia,/ la humanidad de Dios, la que del hombre/ descubre lo divino» (1ª parte VII); «¡Oh luz queda, sin olas, luz sin tiempo,/ mar de la luz sin fondo y sin riberas,/ mar de la muerte que no se corrompe/ y de la vida que no pasa mar!» (1ª parte VIII);

«Como la cima altísima, de noche,/ cual luna, anuncia el alba a los que viven/ perdidos en barrancas y hoces hondas,/ ¡así tu cuerpo níveo, que es cima/ de humanidad y es manantial de ríos,/ en nuestra noche anuncia eterno albor!» (1ª parte XII); «Como un arroyo al sol tu cuerpo brilla,/ vena de plata viva en la negrura/ de las rocas que ciñen su encañada;/ las aguas corren y el caudal es uno/ sobre el alma del cauce duradero» (1ª parte XIV); «Y el níveo albor de tu divino cuerpo/ de resurgir de entre los muertos canta/ —no dice—, porque es música tu cuerpo/ divino» (1ª parte XV); «Blanco lino tu cuerpo, frágil tela/ que de la parda tierra Dios hilando/ tejó y tiñó y ciñó a su Pensamiento» (1ª parte XIX); «Águila blanca/ que a raudales bebiendo viva lumbre/ del Sol eterno con divinos ojos/ nos la das en tu sangre derretida,/ llévanos a abrevar del Sol eterno/ con nuestros ojos luz, a que veamos/ la cara a la Verdad» (1ª parte XX); «Tenemos sed de la blancura eterna/ de ese tu corazón, abrevadero/ de agua de vida que jamás se agota» (1ª parte XXXVIII); [te pedimos] «a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre/ que en la noche nos dice que el Sol vive/ y nos espera»; «Llévanos Tú, el espejo, a que veamos/ frente a frente tu Sol y a conocerle/ tal como Él, por su parte, nos conoce» (4ª parte «Oración final»).

Es asombrosa la cantidad y la calidad de metáforas que el cuerpo preñado de luz pintado por Velázquez sonsaca del poeta Unamuno. También impresiona la admiración y la empatía que Miguel de Unamuno vuelca en su poema hacia el Cristo del «regio aposentador don Diego». Son innumerables las veces que el obsesionado por sobrevivir a la muerte se dirige a Cristo con tono de ardiente súplica: «¿En qué piensas Tú, muerto Cristo mío?»; «¡Oh Cristo del perdón!»; «Danos, Señor, acucia tormentosa de quererte»; «Ven y ve, mi Señor: mi seno hiede»; ...

La interpretación de Unamuno ante el Cristo crucificado de Diego Velázquez sorprende al conocedor del pensamiento del Autor *Del sentimiento trágico de la vida*. El tono esperanzado del poema en relación con la vida perdurable tras la muerte suscita una serie de preguntas graves.

Sabemos que en 1913, después de haber terminado de publicar su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, Miguel de Unamuno está inmerso en poetizar la impresión de inmortalidad que le transmite el Cristo de Diego Velázquez<sup>2</sup>. Así se lo dice a su amigo portugués Teixeira de Pascoaes a finales de julio de 1913: «A mí me ha dado ahora por formular la fe de mi pueblo, su cristología realista, y ... lo estoy haciendo en verso. Es un poema que se titula *Ante el Cristo de Velázquez*... Quiero hacer una cosa cristiana, bíblica y española. Veremos».

Tres años más tarde Unamuno escribe a su amigo el profesor norteamericano E. W. Olmsted: «Trabajo hace más de tres años en un poema sobre el Cristo

<sup>2</sup> Unamuno resaltaba en su libro capital *Del sentimiento trágico de la vida*, capítulo IV, págs. 150-151, que la más alta expresión artística católica se daba «en el arte más material, tangible y permanente de la escultura y la pintura» y aquí es donde se fija en el Cristo velazqueño: «¡en ese Cristo que está siempre muriéndose, sin acabar nunca de morirse, para darnos vida!».

de Velázquez —descripción mística del cuerpo—...» (carta del 15 de diciembre de 1916).

En un artículo titulado «En Palencia», fechado en agosto de 1921, alude a la visita que hizo anteriormente a la misma ciudad en 1913 y al poema que compuso en dos días de ese mismo mes y año con motivo de la visita a la iglesia del «Cristo yacente de santa Clara», «el Cristo de tierra»: «Y fue cierto remordimiento de haber hecho aquel feroz poema... lo que me hizo emprender la obra más humana de mi poema *El Cristo de Velázquez*, el que publiqué este año».

Bien. Conocemos los siete años (1913-1920) que le llevó a Unamuno la composición de su poema al Cristo pintado por Diego Velázquez. Lo que más me sorprende es los calificativos que Unamuno stampa sobre el poema: «formular la fe de mi pueblo, su cristología realista», «una cosa cristiana, bíblica y española»; «descripción mística del cuerpo» [de Cristo]; «la obra más humana». Uno se pregunta de inmediato: El poema escrito por Unamuno sobre *El Cristo de Velázquez* ¿refleja la fe y la esperanza en la otra Vida del pueblo español o la fe y la esperanza de Unamuno en sobrevivir a la muerte? La Cristología realista que subyace en el poema ¿es la misma Cristología de los creyentes españoles que la de Unamuno? La contemplación mística del Cuerpo de Cristo que Unamuno ve presente en su poema ¿coincide con la contemplación mística de nuestros místicos santa Teresa y san Juan de la Cruz?...

Vayamos con otras consideraciones antes de responder a estas preguntas.

«Amor, dolor, compasión y personalidad» es el título del capítulo VII *Del sentimiento trágico de la vida*. Partiendo de la experiencia personal, Unamuno, que hambrea vivir más allá de la muerte, conoció una profunda frustración al no poder satisfacer su instinto de perpetuación en el amor sexual, como tampoco en los hijos que pudieran nacer de dicho amor. De esta decepción en la búsqueda de la perpetuación del yo personal a través del amor, Unamuno nos habla, siempre teniendo en cuenta al ser humano hambriento por sobrevivir a la muerte, del dolor íntimo que se produce en el amante. Unamuno lo califica de especial y lo llama «congoja».

Unamuno sigue trazando la secuencia del amor en la búsqueda humana por perpetuarse para siempre y, después del sufrimiento íntimo causado por la frustración, pasa a hablarnos de la compasión. El amante angustiado comienza a compadecerse de sí mismo; extiende su compasión a los otros seres humanos que presienten como un fracaso total e irremediable el desenlace de sus vidas, y acaba por compadecerse del que concentra las máximas aspiraciones de una vida infinita, es decir, de Dios. Tengamos muy presente que Miguel de Unamuno despliega todas las potencialidades del amor a partir del ser humano que hambrea la inmortalidad, que es el rasgo distintivo de la divinidad; digámoslo todavía con más precisión: el modelo antropológico que emplea Unamuno en su libro *Del sentimiento trágico de la vida* para llegar a Dios con el fin de salvaguardar gracias a Él su pervivencia personal más allá de la muerte es el Hombre Miguel de Unamuno.

Falta aún el último paso en el desarrollo del amor humano: amor, dolor, compasión y... personalidad. La persona de cada uno que quiere llegar a ser autosuficiente encuentra límites insuperables en las demás personas. Mi persona tiende a moldear a los otros a mi imagen y semejanza. En mi afán permanente por salvarme del anonadamiento final, cada uno de nosotros asalta al Todo, al Universo, a Dios, y así creemos que alcanzamos la supervivencia. Pero todos sabemos que la realidad no es esta.

Unamuno avisa al lector al término del capítulo VI *Del sentimiento trágico de la vida* que «en adelante... voy a llevarle a un campo de fantasías... fundadas en sentimiento». El capítulo VII, por lo tanto, pertenece al campo de la fantasía, no pertenece a la verdad de fuera de nosotros, a la verdad de la lógica de nuestra razón. La postura del Unamuno racionalista quedó clara en el capítulo VI de su libro: No se puede afirmar ni negar de modo absoluto la existencia de Dios inmortal e inmortalizador. Para Unamuno el capítulo VI era el capítulo capital del libro. Los capítulos siguientes son «poesía, fantasmagoría, mitología en todo caso». De hecho, Unamuno autorizó la publicación en italiano de los seis primeros capítulos como un libro independiente.

Volvamos ahora al mundo de la poesía, a la que nos ha dejado Unamuno en *El Cristo de Velázquez*, el legado más auténtico y más completo del poeta Miguel de Unamuno.

Para el Unamuno poeta del *Cristo de Velázquez*, Jesucristo es el Hombre, el paradigma antropológico que moldea el amor y los siguientes pasos itinerantes del hambriento de eternidad: dolor, compasión y personalidad. Recordemos que en el libro *Del sentimiento trágico de la vida* Unamuno se había erigido en el Hombre del proyecto antropológico de cara a la supervivencia de la conciencia personal. Ahora, en el poema, el Hombre de referencia es el Cristo crucificado. Este cambio en el modelo antropológico se observa ciertamente en el poema, pero, además de darse de verdad en el creyente cristiano, ¿sucede otro tanto en la conciencia de Unamuno?

Contemplando al Cristo de Velázquez, Unamuno descubre la presencia del Dios inmortal e inmortalizador en el Crucificado por los dos factores que hemos visto y comprobado antes: 1) por su manera de morir («con quietud de muerte/ que es vida eterna») y 2) porque la blanca desnudez del cuerpo del Crucificado resplandece de vida sobre el fondo negro de muerte del cuadro («Eres el Hombre,/ y en tu divina desnudez nos llega/ del sol encesador la eterna lumbre»).

Unamuno, en los seis primeros capítulos *Del sentimiento trágico de la vida*, había planteado la existencia o no existencia de Dios como Idea. Aquí, en su enorme poema, el poeta vasco vislumbra a Dios «incorporado» en el amor del Crucificado: «Tú, el Hombre,/ cuerpo tomaste donde la incorporea/ luz... en amor se incorporase». Esta visión de la presencia de Dios en Jesucristo gracias al Amor del Crucificado aparece una y otra vez en los versos del poema (1ª parte III: «Este es el Dios a que se ve; es el Hombre:/ este es el Dios a cuyo cuerpo prenden/ nuestros ojos»; 1ª parte VI: «¡He aquí el Hombre!», por quien Dios es algo»; 1ª parte VII: «con tus dos brazos/ desabrochando el manto del misterio/



nos revelaste la divina esencia,/ la humanidad de Dios, la que del hombre/ descubre lo divino»). Y de nuevo la pregunta: Para Unamuno, el Amor altruista de Dios ¿se hizo realmente presente, se manifestó verdaderamente en la pasión y muerte de Jesucristo?

Hablemos seguidamente del sufrimiento experimentado por Jesús en su pasión y muerte de cruz. Cristo ha llegado a sufrir más que nadie, porque perdió su vida de modo antinatural, y además en unas condiciones sin punto de comparación con ningún otro ser humano, incluido Miguel de Unamuno, por supuesto.

En primer lugar, porque no tenía pecado: «Los hombres con justicia nos morimos;/ mas Tú sin merecerlo te moriste/ de puro amor, Cordero sin mancha» (4ª parte «Oración final»).

En segundo lugar, porque el cuerpo del Crucificado no estaba dañado por ninguna enfermedad, ni por la acumulación de los años, ni por una ruinoso vejez: «pues fue tu muerte/ salud y sanidad y lozanía;/ fue robustez hasta los mismos tuétanos/ de tus enteros huesos» (4ª parte II).

En tercer lugar, como si del mismo Dios se tratara, Unamuno nos presenta a un Crucificado perdonando incondicionalmente a los que le hayan ofendido: «¡Oh Cristo del perdón! Tú nos perdonas/ aun antes de pecar, y así vivimos/ libres del torbellino que a la sima/ de perdición conduce. Tú perdonas/ al hombre que no sabe lo que se hace» (1ª parte IX).

En cuarto lugar, Cristo no acusa quiebra alguna en su entereza de ánimo ante el último ataque mortal de la muerte. Mirando el rostro de *El Cristo de Velázquez*, nuestro poeta Unamuno pone en boca de Jesús un versículo del salmo 31: «¡Mi espíritu en tus manos encomiendo!», y le comenta al Cristo: «De tu Padre en las manos invisibles,/ cimientos y techumbres del abismo,/ manos que nos hicieron a tu imagen,/ ¡recostaste en sus manos hacedoras/ tu espíritu al rendirse de dolor!» (2ª parte V).

Hay momentos en que el bardo de origen vasco se siente llevado por la exaltación poética y se imagina el madero de la cruz convertido en arpa, cuyas cuerdas son los miembros atormentados del Nazareno, exhalando el canto triunfal de la vida: «Y del madero triste/ de tu cruz en el arpa, como cuerdas/ con tendones y músculos tendidos/ al tormento, tus miembros exhalaban,/ al toque del amor —amor sin freno—,/ la canción triunfadora de la vida» (2ª parte II). En *El Cristo de Velázquez* no oímos lamento alguno al mismo Cristo, mientras que, por el contrario, escuchamos «el sentimiento trágico de la vida» al propio Unamuno en sus muchas y distintas obras en prosa y en verso.

Don Miguel no se contenta con adentrarse en el dolor físico y espiritual de Jesús crucificado, sino que se abisma en el sufrimiento de Dios Padre: «y Dios, sintiéndose hombre,/ gustó la muerte, soledad divina./ Quiso sentir lo que es morir tu Padre» (2ª parte II)<sup>3</sup>. Otra vez tenemos que preguntar a don Miguel

<sup>3</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*, capítulo IX, pág. 232: «Acaso parezca blasfemia esto de que Dios sufre, pues el sufrimiento implica limitación. Y, sin embargo, Dios, la Conciencia

si el Cristo sufriente es para él el Hijo unigénito del Padre o simplemente un Hombre excepcional. Los cristianos creemos que el Padre y el Espíritu Santo sufrieron efectivamente la pasión y la muerte de Jesucristo, cada uno a su manera propia, por lo unidos que estaban como Personas divinas con el Hijo humanado. La explicación que da Unamuno sobre Dios concebido como Conciencia Universal está orientada en un sentido meramente humano.

«Amor, dolor, compasión...» En este nuevo paso no encontramos versos del poema en que el Padre se compadezca —padezca con— el Hijo crucificado. La muerte inmerecida de Jesús en la cruz del Calvario para redimirnos de nuestros pecados Unamuno la presenta como una iniciativa del propio Jesucristo (3ª parte III: «pues te has hecho pecado por nosotros»). Al menos don Miguel no muestra a Dios ofendido por nuestros pecados y que exige de Jesucristo una justa reparación a su Santidad infinita... Desde luego el propio Cristo no se compadece de su pasión y muerte. Su voluntad inmortalizadora atraviesa el sufrimiento y el abismo de la soledad de la muerte y presente el aire distinto de la vida perpetua.

Unamuno se compadece de las almas desterradas que aguardan conseguir su libertad gracias al árbol de la cruz, que el poeta se lo imagina como un chopo a la orilla del río. Esas almas son como «las hojas secas/ de noviembre en el chopo de la orilla/ del río que no posa, y recogiénolas/ cuando caen en su seno, al mar las lleva» (1ª parte XXXI).

Contagiado don Miguel de la inmortalidad voluntarista de Jesucristo, repara en la sombra de tinieblas en que se convirtió la estrella de la tarde, Luzbel, y, compadecido de él, suplica así a Jesucristo: «¡Dale, Señor, tu mano, y se derrita/ su sombra en las tinieblas de tu Padre,/ y vuelva a ser lucero matutino!» (1ª parte XXV).

«Amor, dolor, compasión y personalidad». Ya dijimos que en el libro *Del sentimiento trágico de la vida* el modelo de Hombre que da los pasos hasta alcanzar la personificación del Universo, del Todo, de Dios, es el individuo humano Miguel de Unamuno. En el poema *El Cristo de Velázquez*, en cambio, el paradigma del Hombre es el Cristo, tal como interpreta Unamuno el cuadro de Diego Velázquez.

Con el cambio indicado en la personalización de Dios, Cristo se convierte en la personalidad del Hombre-Dios, del Universo, del Todo, de Dios. ¿Jesucristo es, metafísicamente hablando, la personalidad de todos Ellos?

Leyendo atentamente el poema de Unamuno, yo diría que en modo alguno en sentido metafísico o en un sentido estrictamente divino. Unamuno solamente habla de la superioridad de Jesús de Nazaret respecto de los demás seres humanos por su manera esperanzada de enfrentarse a la muerte y por su voluntad

---

del Universo, está limitado por la materia bruta en que vive, por lo inconsciente, de que trata de libertarse y de libertarnos».

de perpetuación, rasgos que el Cristo crucificado pintado por Velázquez le brinda a Unamuno poetizar, o, si se prefiere, expresarlos «místicamente».

Finalmente revisemos las cuatro mencionadas personalizaciones que Jesucristo lleva a cabo en el poema de Unamuno *El Cristo de Velázquez*.

En primer lugar, Cristo es la personalidad latente del Hombre-Dios. Según Unamuno, los seres humanos, más en concreto los del pueblo español, hemos hecho de Jesús de Nazaret el Hombre que se ha enfrentado sangrientamente a la muerte sin culpa alguna y con la máxima confianza de convertirla no en fin de la vida, sino en principio de vida inmortal. Con este sentido Unamuno canta: «¡Tú eres el Hombre-Dios, Hijo del hombre!»... «es todo un hombre el Dios de nuestra noche/ y hombría es su humanidad divina» (1ª parte VI); «¡Sin Ti, Jesús, nacemos solamente/ para morir; contigo nos morimos/ para nacer y así nos engendraste!» (3ª parte XXIV).

En segundo lugar, Cristo es la personalidad que da vida interminable al Universo. Cuando Unamuno emplea el término «Universo» en un contexto de ser humano hambriento de sobrevivencia, se refiere a todo cuanto existe sobre la faz de la tierra. Si el hombre ansioso por sobrevivir extiende a los otros seres del Universo sus ansias de inmortalidad, ninguno ha sido capaz de invertir la marcha de la creación hacia la muerte; solamente Cristo: «¡Tú, Cristo, con tu muerte has dado/ finalidad humana al Universo/ y fuiste muerte de la Muerte al fin!» (4ª parte I); «¡La muerte/ tus huesos no desvencijó; sillares/ de la torre, cimiento en que se apoya/ la morada de Dios, la Creación!» (3ª parte XII); «cristianado Universo que a tu gracia/ se ha forjado en el hombre, el hombre mismo» (4ª parte VI).

En tercer lugar, Cristo también logra como ningún otro personalizar al Todo. Otro término ambiguo cuyo significado conviene definirlo dentro del contexto en que lo utiliza Miguel de Unamuno. Y como estamos acostumbrados, el término tiene que ver con el hombre de carne y hueso que experimenta frustración en sus intentos de perpetuarse y aspira a ser el Todo como única solución, pero, claro, sin lograrlo. En cambio, Jesucristo abarca toda la creación y nos colma la sed de ser por siempre: («Eres Tú la verdad, la que consuela/ de la muerte; el raudal del agua pura/ que nos quita la sed, no del océano/ la que la vista llena» (4ª parte V); «Sé pan que el hambre/ nos azuce; sé vino que enardezca/ la sed de nuestra boca. Mientras dure/ nuestra vida en la tierra, sea el ansia/ de amarte nuestra vida; que se duerme/ sobre el amor logrado, y es el sueño/ no vida, sino muerte» (4ª parte VII).

Es hora de preguntarnos por la personalización más comprometida: En *El Cristo de Velázquez* poetizado o «mistificado» por Miguel de Unamuno, ¿se le confiesa Dios inmortal e inmortalizador a Jesucristo?

La respuesta tiene que ser negativa a juzgar por la distinción que Unamuno mantiene a lo largo de todo el poema entre el Ser inmortal de Dios y el ser mortal del Hombre Jesucristo. El poeta lo expresa metafóricamente hablando de Dios-Sol y de Jesucristo-Luna. Prácticamente esta metáfora aparece en la mayoría de la 1ª parte del poema (ver pág. 5-6: *El Cuerpo blanco del Cristo*), pero no falta en las otras tres partes. Ejemplos: «ya desnudo/ y sobre el tronco

de la cruz, deslumbras/ al Sol, que su fulgor ante Ti apaga,/ Luna de Dios, y a tu mudez responde/ la del orbe» (2ª parte XI); «La luz que te rodea es el espíritu/ que fluye de tu Padre, el Sol eterno, / las tinieblas rompiendo, y a nosotros/ de Ti, su luna en nuestra noche triste» (3ª parte I); «a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre/ que en la noche nos dice que el Sol vive/ y nos espera» (4ª parte «Oración final»).

Pienso que Unamuno continuó durante su vida dudando de la existencia del Dios inmortal e inmortalizador. Pero que desde que reemplazó al hombre hambriento por sobrevivir a la muerte —que era él— por la persona de Jesucristo, la aguja de la acongojada incertidumbre de Unamuno se inclinó no poco hacia la fe en la existencia del Dios inmortal e inmortalizador.

Las oraciones de súplica a Jesucristo que Unamuno esparce a lo largo y ancho de su magno poema, son plegarias sinceras de un ser humano que dudó de la existencia o no existencia de Dios, pero que amó a Jesucristo apasionadamente porque con su vida y con su muerte le hizo más creíble la existencia del Dios inmortal e inmortalizador.

Terminamos con una de esas plegarias que Unamuno reza a Jesucristo:

«.....Dame,/  
 Señor, que cuando al fin vaya rendido/  
 a salir de esta noche tenebrosa/  
 en que soñando el corazón se acorcha,/  
 me entre en el claro día que no acaba,/  
 fijos mis ojos d  
 Hijo del Hombre, Humanidad completa,/  
 en la increada luz que nunca muere;/  
 ¡mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,/  
 mi mirada anegada en Ti, Señor!».

La Salle  
 emalvido@lasalle.es

EDUARDO MALVIDO MIGUEL

[Artículo aprobado para publicación en marzo de 2023]